



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

MOHAMED LEMRINI EL-OUAHHABI

*Cualquier tiempo pasado
pudo ser mejor*

Edición impresa

Mohamed Lemrini El-Ouahhabi, *Cualquier tiempo pasado pudo ser mejor* (2007)

En

Mo Toufali (ed.) (2007) *Escritores rifeños contemporáneos. Antología de Narraciones y Relatos de Escritores del Rif. s.l.:* Editorial Lulu (pp. 53-66).

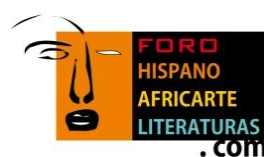
Edición digital

Mohamed Lemrini El-Ouahhabi, *Cualquier tiempo pasado pudo ser mejor* (2011)
Enrique Lomas López (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Marzo de 2011



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D «Literaturas africanas en español. Mediación literaria y hospitalidad poética desde los 90» (FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



Cualquier tiempo pasado pudo ser mejor Mohamed Lemrini El-Ouahhabi

Mi pueblo no es nada singular. No es legendario ni gastronómico ni paisajístico. No es importante, ni grande, ni histórico, ni bello, ni nada de nada. Está muy mal comunicado y su carretera no es ni de cuarta categoría. Desde hace poco tiempo, me comentan, que dispone de luz eléctrica pero sigue sin haber agua corriente por lo que no hay ni grifos. No tiene ambulatorio, ni médico, ni farmacéutico. Los curanderos y la sabiduría popular, a base de hierbas, vapores y humos de minerales quemados, siguen curando todos los males de la población. De todas las maneras, ignoro a cuantos kilómetros se encuentran el médico y el veterinario más cercanos.

Mi pueblo se denomina Aydir y se encuentra en la cábila de Tamsaman, en la provincia de Nador. Es uno de los pueblos de la cordillera del Rif, en el norte de Marruecos. En un mapa lo podemos situar aproximadamente a unos 80 kilómetros al oeste de Melilla. Para colmo, además de no ser nada singular ni importante, se confunde con Ajdir (con pronunciación francesa), de Alhucemas, que sí podemos ver en los mapas, y es un pueblo próspero, en crecimiento y desarrollo, al contrario que el mío, y donde resulta que se gestionó y nació la República del Rif por el legendario Mohamed Abdelkarin El Jattabi.

El mío era igualmente un pueblo próspero en algún tiempo; era como los demás de la zona, sin pretensiones de ninguna clase, pero que podía haber evolucionado con un poco de esfuerzo de la Administración, emperrada y concentrada a finales de los años cincuenta en otras cosas: capturar a los «rebeldes» que se habían echado al monte en el Rif, disconformes con el cariz que habían tomado las cosas después de la firma de la independencia con España y Francia. «Rebeldes» que incluso fueron ametrallados desde el aire, al igual que los pueblos que los albergaban o daban sustento; «rebeldes» de los cuales guardo una espada como herencia, espada que ellos han debido conseguir, no sé cómo, de algún oficial de alta graduación de la época y que les fue arrebatada por las fuerzas gubernamentales. Pero esto sucedió hace ya muchos años.

En la actualidad tengo envidia de la gente que dice que se va el fin de semana a su pueblo, sobre todo si está a menos de cien kilómetros de Madrid. Incluso no me importaría mucho si estuviera algo más lejos. Tengo envidia, envidia sana por supuesto, porque yo no puedo hacer lo mismo. No puedo disfrutar de la compañía de amigos de la infancia y de la juventud, estar con primos, vecinos, incluso con los que antaño eran enemigos por formar parte de las otras pandillas.

Es triste porque mi pueblo se encuentra a setecientos kilómetros, más una travesía por el Mediterráneo de unas ocho horas de duración, el paso de dos aduanas con lo que ello significa en nuestro querido Marruecos, donde cualquier ciudadano es sospechoso hasta que no se demuestre lo contrario, para finalizar a través de una carretera en dos tramos casi iguales: el primero de tercera categoría y el segundo de cuarta a lo largo de unos 80 kilómetros de órdago.

En fin, salvados los dos primeros tramos, salimos desde el puerto de Melilla, y enfilamos las avenidas Marina Española y Actor Tallavi, camino a la frontera de Beni Enzar, atravesando el Barrio Real y el Hipódromo.

La aduana española se cruza con facilidad en la salida. Sólo se requiere abrir el maletero de vez en cuando a los agentes de aduanas, por aquello de hacer algo. Con la policía el trámite es todavía más simple. A veces basta con sonreír y desear los buenos días, o lo que corresponda, a los guardianes del orden público.

La salida de España es corta y fácil, y todo lo que tiene de sencilla, lo tiene la entrada en Marruecos de difícil y complicada. Hay que aparcar el coche bajo un sol abrasador y sin protección alguna, dirigirse a la garita de la policía y solicitar las hojas de entrada al país que hay que cumplimentar adecuadamente. En este camino se encuentra uno con las personas más variopintas que puede haber en la Tierra: chivatos, confidentes, ladrones, tramposos además de los buscavidas que puede haber en casi todas las fronteras del tercer mundo. Todos ellos te ofrecen sus servicios. Desde cambiar moneda hasta rellenarte la hoja de entrada en el país, incluido cuidarte el coche, limpiarte el parabrisas, cuando en realidad lo que pretenden es limpiarle a uno los bolsillos en el primer despiste o descuido que uno pueda tener.

Alrededor, el panorama es desolador. Gente yendo y viniendo de un lado para otro sin orden ni razón. Algún desgraciado traficante de poca monta a quien no dejan pasar algún bulto con productos de limpieza y/o aseo, adquiridos en Melilla, con el fin de ser vendidos en el mercado de Nador. Todo ello mezclado con cuatro cuerpos diferentes de agentes pertenecientes a diferentes estamentos de seguridad del Estado. La propia policía, los gendarmes, los agentes de las Fuerzas Auxiliares llamados vulgarmente *chabacunis* y los aduaneros. Todos ellos enredados con los «sin uniforme», los chicos de la policía secreta y los inspectores de los diferentes servicios de información que andan exhibiendo sus pistolas y que se lo montan tan mal, que hasta parecen lo que realmente son, sin conseguir despistar a nadie. Y lo malo es que ellos sí se lo creen.

Rellena uno las hojas de entrada en el país y se pone en la cola para entregarlas con los pasaportes con el fin de que le autoricen la entrada, poniendo un casi borrado e ilegible sello. Mientras tanto, y sin guardar cola alguna, van pasando los intermediarios con pasaportes en la mano para sellarlos sin sufrir la enorme cola, el olor a sudor de los paisanos ni el sol abrasador. Así es el país y así funciona a base de chanchullos y recomendaciones.

Cuando por fin le toca a uno el turno, las preguntas de rigor son de risa. A dónde va usted, ponga aquí la dirección completa, tiene «*la Carte Nationale*» o documento nacional de identidad, etc. Todas son preguntas contestadas ya en la hoja o están incluidas en el pasaporte que tiene entre sus manos el agente. A veces me pregunto a qué viene tanto interrogatorio y no encuentro respuesta adecuada, a no ser que lo hagan para fastidiar, ralentizar el trabajo e ir al ritmo que se han marcado o por hablar de algo con el viajero.

Pasado este trámite, corre uno sudando al coche con el fin de pasar el segundo control, el de la aduana. Sentados también en su garita tienden la mano para coger los pasaportes, los papeles del coche y la Carta Verde del seguro. Aquí también hay que cumplimentar una hoja, la correspondiente a la importación o introducción de un automóvil en Marruecos; resguardo que también necesita un sello y que hay que enseñar en todos los controles de aduanas y sobre todo cuando vayamos a salir del país. Las preguntas de rigor se vuelven a repetir: de dónde viene, a dónde va, lleva algo para declarar, etc.

Según el humor del personaje, el grado de su aburrimiento, el calor y la hora, puede uno eternizarse o salir de allí echando chispas. Pero lo normal es que las cosas se tomen con calma, yo diría que exagerada calma. Total, ellos tienen que estar sus horas reglamentarias de trabajo y no les importa mucho el tiempo que los demás podemos pasar allí.

Por fin, pasadas casi tres horas puede uno meterse en el coche, arrancar y acelerar, intentando olvidar el calvario del paso fronterizo. Si la travesía por ese lugar tan frío, impersonal e inhóspito lo hace uno con los grupos de riesgo, el hecho se convierte en un infierno. Por ello no quisiera estar en la piel de mis paisanos que realizan el viaje en grandes coches o furgonetas repletas de bebés, niños de todas las edades, abuelos y mil cachivaches sin valor alguno, adquiridos en los mercados de segunda mano de Europa. Es un espectáculo que da pena y muchas ganas de llorar. A pocos kilómetros de ese horrendo lugar y camino a la ciudad más próxima, nos encontramos con dos controles. El primero de la gendarmería y el segundo de la aduana. Se trata de saquear lo que le queda al emigrante en especie o en metálico. No hace falta darle tantas vueltas. Ellos son directos y concisos. Con toda la frialdad del mundo te piden el cartón de tabaco o el billete de 100 dirhams. Ellos siempre encuentran un motivo para hacerle a uno la vida imposible: el exceso de velocidad, la baca del coche que no es reglamentaria y no está bien atada, exceso de peso, los dibujos de los neumáticos que rondan el límite legal en milímetros, las cosas del maletero importadas y que aunque ya han pasado el filtro de la aduana, son ilegales y no pueden introducirse en el país..., mil razones sin objeto ni sentido que van a hacer interminable la espera otra vez, con las ganas que tiene uno de llegar a su casa, ver a los suyos y descansar.

Mientras registran o negocian con alguien, ve uno pasar varios coches con gente muy rara. Son los traficantes de toda clase de productos que se pasean a sus anchas en unos automóviles de ensueño, porque ya han satisfecho los cánones reglamentarios y han cumplido con su parte del trato, en el viaje anterior, por lo que ya se puede decir que tienen carta blanca para circular a cualquier hora y lugar. Son hechos habituales, cosas que no escandalizan ya a nadie y que se han convertido en el pan nuestro de cada día, en un país donde la corrupción está a la orden del día.

Si consigue uno salir ileso del embolado, se puede considerar muy afortunado. Pero no quisiera que esta visión tan crítica y lúgubre escandalizase a los lectores ni a los visitantes extranjeros. Puedo prometer y prometo que existe otro Marruecos, el turístico, el excelente en el trato, el generoso, amable y simpático. Encontramos buenos y variados paisajes, grandes monumentos, históricos

lugares, diferentes manifestaciones culturales y artísticas y hasta podemos presenciar y vivir curiosas y extravagantes situaciones en las calles, plazas o zocos.

De todas formas, después de recorrer mil, dos mil y hasta tres mil kilómetros, atravesar dos o tres fronteras, pasar dos o tres días sin pegar ojo, mal comer y tener el culo planchado de estar tanto tiempo sentado, todas estas cosas son menudencias y migajas sin importancia alguna que uno puede tolerar, aunque fuera sólo por la costumbre. De todas las maneras, a la fuerza ahorcan como reza el dicho.

Después de este sambenito, reanuda uno el viaje con ganas y ahínco pensando en lo que le espera al final del mismo. Atravesamos la inhóspita ciudad de Nador, capital de la provincia y urbe inigualable donde puede uno hallar por su desastrosa arquitectura, desorden en la distribución de calles y plazas y por tierra, piedras y la suciedad que llenan sus calles. Por todos estos calificativos, decide uno no parar ya que no hay nada que ver ni hacer en semejante lugar. Aun así te viene a la memoria cómo era la ciudad hace cuarenta años. Calles ordenadas, asfaltadas y limpias, jardines floreados y mucho olor a intimidad y autenticidad.

En los cuarenta kilómetros siguientes atravesamos Segangan, donde se bifurca la carretera que conduce a Argelia, pasando por Kariat Arekman, Berkan, Saidiya y Oujda, mientras nosotros avanzamos hacia la derecha pasando por Monte Aruit, Driuch y Tafarsit, localidades, estas dos últimas, donde vivió y trabajó mi padre hace ya más de cuatro décadas y de las cuales guardamos buenos recuerdos toda la familia. Tafarsit, el último de estos pueblos, lo recuerdo como un lugar pequeño, limpio, muy bien ajardinado y con multitud de árboles frutales. Tanto la casa donde vivíamos como los contornos, eran de fábula. El pueblo, de los más pequeños de la zona, era muy limpio y ordenado, transmitiendo siempre una sensación de sosiego y tranquilidad. Y aunque no disponía de algunos servicios, como el médico por ejemplo, el resto de servicios y, sobre todo la escuela, era un encanto de lugar.

Abandonamos Tafarsit en dirección al Oeste, por una carretera algo más estrecha. Mientras poco a poco vamos dejando atrás el vergel, las largas praderas sembradas de toda clase de verduras y los frondosos árboles frutales, nos acercamos de pronto a un terreno más árido y montañoso hasta alcanzar la cordillera rifeña, atravesando unos montículos para adentrarnos en plena montaña a través de una carretera infernal. Me acuerdo que de pequeño, cuando la atravesaba alguna vez en autocar, me pasaba todo el día siguiente trastornado y mareado del desnivel, el olor a gasoil, tanta curva y de la velocidad tan lenta con que los sufridores conductores conseguían hacer ese camino que conducía hasta Budinar. Ni por asomo se podía uno acercarse a la ventanilla del autocar para echar una mirada afuera, porque el vértigo es y era de órdago. Las paradas en el camino, para dejar pasar algún camión que venía en sentido contrario, eran también frecuentes y la cosa se ponía muy mal cuando por un azar había algún pequeño derrumbamiento, sobre todo de piedras, a causa de las lluvias o del fuerte viento del Rif.

Una vez pasados los aproximadamente 20 kilómetros de este calvario, volvemos a la planicie pero seguimos con la tierra árida y seca hasta alcanzar Krona, un pequeño pueblo de carretera, antaño usado sólo de paso, con dos tiendas, una pequeña oficina de correos y una gasolinera con dos surtidores.

Krona ha conocido en los últimos treinta años un gran cambio. Ha sido el destino de la emigración de ciertas familias de los pueblos más cercanos, estancados, sin posibilidad de evolucionar y faltos de estructuras y sobre todo de transporte. Así poco a poco fue creciendo y desarrollándose hasta alcanzar hoy día una población respetable y los servicios más esenciales para albergar una población aunque rural, pero por lo menos con la infraestructura necesaria para desarrollar una vida digna. El pueblo, que en principio sólo albergaba unos cuantos negocios, vio nacer un colegio, un servicio médico, un puesto de Fuerzas Auxiliares para mantener el orden y hasta un cine, con el asombro de parte de la población, aquella que nunca había tenido acceso a los culebrones egipcios de la entonces monopolista Televisión de Marruecos, o las películas indias y americanas de cuarta categoría.

Mi primo Ahmed, que se llamaba igual que mi padre, y era conocido por el apodo de Tonio, diminutivo de Antonio, fue el último de la saga de los Lemrini El-Ouahhabi, junto al primo lejano Omar, en quedarse en nuestro pueblo y el único en establecerse en Krona, ampliando el negocio de la familia, dedicada entonces a la venta de comestibles al mayor, dejando que Omar fuese el único habitante por nuestra parte en el pueblo.

Krona prosperó y fue refugio de un sinfín de familias de los emigrantes de la zona en Europa. Allí construyeron sus casas e hicieron que sus esposas, hijos y padres abandonasen las aldeas para instalarse haciendo que el lugar fuese habitable y próspero. En verdad, no era mala idea, pero era y sigue siendo una pena abandonar la casa de uno, aunque fuera por encontrar luz eléctrica, agua potable en el grifo y un destartalado autobús que una vez al día cruza esa única calle y que te puede transportar hasta el más allá si quisieras romper las barreras y buscar nuevos horizontes.

A unos ocho kilómetros al Sur-Oeste de Krona, por una pésima carretera de tierra, llegamos a Ajdir, el pueblo donde nació. Sobre un montículo cuyo sendero conduce hacia el morabito de Sidi Abdelwahhab, la pequeña mezquita que alberga la escuela coránica y el río, se encontraban ubicados los «*Irfan*» (apodo de nuestra familia), en una hilera de adosados que terminaba en la casa de mi abuelo Haj Hammú.

Estas cuatro o cinco casas adosadas se encontraban comunicadas por los patios o corrales, lo que hacía fácil el acceso y el paso de una a otra, fundamentalmente de las mujeres de la familia, sin tener que salir a la calle.

La casa de mi abuelo era la última o la primera, según se bajaba o se subía de la fuente. Tenía una parte añadida o nueva donde se encontraba un gran salón rectangular, orientado al oeste, con buenas vistas y rodeado de árboles frutales.

Esta casa, que luego heredó mi padre, estaba construida, como las demás, en adobe. Las vigas eran de madera y las paredes se pintaban con cal blanca, tanto en el interior como en el exterior. En la planta baja se encontraban la cocina, despensa, alojamiento de la servidumbre, el corral, el refugio de la vaca y las dos mulas, el salón y otras dependencias, mientras en el primer piso se ubicaban los dormitorios.

Dos puertas bien distintas permitían el acceso a la vivienda. Un portón por el ala norte de unos tres metros de alto y dos de ancho que conducía a un amplio patio cuadrado, siempre lleno de gallinas propiedad, según cuenta mi madre, de la mujer de mi tío Belhaj, que no tardó en fundar su casa lejos del pueblo. A la derecha se encontraba la cuadra que cobijaba a la vaca y a las dos mulas, teniendo enfrente la cocina, un pequeño aseo y la despensa.

El patio era de tierra, no alisado ni igualado, permitía el acceso a las demás dependencias y al salón rectangular, orientado al oeste, donde justamente en la mitad se hallaba la otra entrada a la casa. Las dos puertas del salón, la interior y la exterior, dividían éste en dos cuadrados amueblados con colchones de lana, almohadas, cojines y dos grandes mesas circulares, todo siempre bien recogido y limpio, en espera de invitados. Grandes ventanales hacia el exterior, paredes forradas hasta media altura con un cubre pared repleto de dibujos geométricos y arcos de media punta en multicolor, con dominantes en rojo, verde, azul y beis. Varios estantes de madera, pintados a mano con vivos colores, servían de repisa a infinidad de adornos y curiosidades que el abuelo Haj Hammú traía de sus múltiples viajes a Fez, adornos que el tío Belhaj confiscó cuando amuebló y decoró su casa, dejando únicamente un frutero de cristal azul que se encuentra actualmente en casa de mis padres, y la jarra de cerámica francesa de Fie Onnaing, con el número de serie 776 que custodia servidor.

Calculo que Ajdir tendría entonces entre cien y doscientos habitantes. Nuestro clan familiar, bastante numeroso y considerado en todo el pueblo, vivía casi al completo junto y aglomerado en aquellas grandes casas en forma de adosados de dos plantas cuesta abajo camino del Río Grande.

El apodo de «*Los Irfan*», cuya traducción literal sería «Los Cerdos», tiene grandes connotaciones de heroísmo y de poder hacer y conseguir aquello que nadie en la zona podía alcanzar, en vez de significar, como se recoge en el diccionario de la Real Academia, ese *mamífero artiodáctilo del grupo de los Suidos que se cría en domesticidad para aprovechar su cuerpo en la alimentación humana*. Para nosotros, el apodo no conlleva significados despreciativos ni despectivos, aunque alguien puede insinuarlo. Todo lo contrario, nuestros antepasados al ser expulsados de Córdoba y llegar a la playa de Izmagnin, allá en la orilla africana entre Melilla y Ceuta, fueron recibidos y aceptados por los autóctonos del lugar, con quienes se mezclaron y emparentaron y quienes les cedieron un bosque de tierras comunales que, de la noche a la mañana, talaron, alisaron y prepararon para construir y levantar sus casas.

Mi abuelo Haj Hammú, juez de paz entre los suyos, era conocido en la zona por su rectitud, generosidad y bondad. Haj Si Hammú era el jefe del clan de *Los Irfan*, como lo fue antes que él su padre y mi bisabuelo Haj Hammadi. El calificativo Haj lo reciben todas aquellas personas que han

peregrinado a la Meca, han visitado los lugares santos y cumplido con todo el ritual, y el apelativo de «Si», es el diminutivo de «Sidi» que significa «Mi señor».

Pero mi abuelo Haj Si Hammú, era comerciante. Organizaba caravanas llevando a Fez aceite de oliva cosechado en la zona e importando vestidos, trajes, calzados y toda clase de joyas, adornos y abalorios para las novias. Era un viaje largo de más de trescientos kilómetros, en el cual se tardaba más de dos semanas de ida y otro tanto de vuelta. En el pueblo, si alguien quería adquirir una mula, le decían que se espere, que el Haj Hammú estaba de viaje, ya que a su vuelta vendía también las mulas que traía cargadas con todo tipo de mercancías.

Mi padre, el más pequeño de entre mis tíos, después de estudiar en Farjana y en Fez, en la *Madrasa Buanania* y en la Universidad de *Karaiyin*, primer centro universitario del mundo fundado en el siglo XIV, volvió al pueblo para, continuando con la tradición familiar, crear a unos diez kilómetros de casa, uno de los dos grandes almacenes de comestibles para la venta, al por mayor y al detalle, en el Zoco de Jamis Tamsaman, el centro comercial más grande en la zona y en sesenta kilómetros a la redonda, zoco que se celebraba los jueves y los domingos de cada semana. Un negocio muy próspero que llevaron a la ruina dos de los sobrinos de mi padre, a finales de los años ochenta, apodados por nosotros los *Hermanos Karamazov*.

Mi abuela paterna Amina, a quien personalmente no he conocido, por fallecer antes de mi nacimiento, con su doble traje blanco de dos piezas, *candora* y *dfin*, y su pañuelo también blanco anudado a la cabeza sin dejar de entrever ningún mechón de sus cabellos, era una mujer de finos modales, tan culta como la abuela Hammut, espécimen único de su género que conocía el Corán a la perfección y podía discutir con los hombres más sabios, de esa o de otras generaciones, sobre la doctrina islámica y el *hadiz*, los dichos y hechos del Profeta Mohammad. Aquella, junto a la astrología, la medicina y los principios de las matemáticas, era la sabiduría y la ciencia que un hombre o una mujer podían presumir de dominar. El sexo nada tenía que ver y la inteligencia de otros, sólo le han pretendido poner límites los censores, ávidos de controlar al prójimo e incapaces de superarse a sí mismos.

El camino de la única fuente en mi pueblo, pasaba junto a la casa de mis abuelos para seguir hacia abajo hasta la ermita de Sidi Abdelwahhab (Siervo del Dadivoso), de donde viene mi segundo apellido paterno, El Ouahhabi. Junto a ésta se encontraba la escuela coránica y la pequeña mezquita. El imán de la mezquita, de origen *yebli* de las montañas de Chauen, era nuestro maestro de escritura, lectura y aprendizaje de los versículos del Corán. Al no ser de la zona, no entendía a veces nuestra habla berebere, por lo que entre todos los niños que acudíamos a su escuela, le tomábamos a veces el corto pelo que le quedaba. Era un pobre hombre afable y amable que vivía de lo que la comunidad le daba en moneda o en especie, esencialmente trigo, aceite y toda clase de verduras y frutas cultivadas a orillas del río.

El Río Grande lo encontramos más abajo. Lo de grande viene por la manzana y media de ancho que tenía de orilla a orilla. Éste, siempre ha sido un río seco a excepción de dos o tres pequeños

caudales que llegaban río abajo hasta la playa de Sidi Dris, en la orilla sur del Mediterráneo cercana a *Izmagnin*, donde se supone que desembarcaron nuestros antepasados y donde habitaba mi tía Khadija y donde mi primo Mohamed, apodado *Chrif* (El Santo), estableció su retiro de la vida mundana, en una humilde casa alejada incluso de los pescadores de la zona, con quien compartía aficiones, tertulia, borracheras y pocas cosas más.

Gran desembocadura y gran playa la de Sidi Dris. A la izquierda de la misma se encuentra el morabito que da nombre a la misma y donde allá, a finales de julio, se celebraba anualmente una gran romería que siempre hace irritar a mi primo, por el ruido, el ajetreo y la basura que producen los peregrinos durante esos días.

Detrás de la casa de mi primo, enfrentada al oleaje, un vergel. Un par de hectáreas que él mismo sembraba, recogía y mantenía con toda clase de verduras y frutas que uno puede desear. A la hora de la recogida, buscaba algún campesino de la zona para que hiciese la recolecta y venda la cosecha en los zocos, mercados y aldeas cercanas, pagándole su parte proporcional acordada de antemano.

Aquellos eran buenos tiempos. Guardo un grato recuerdo de unos días que pasé solo con mi primo en su playa. Tendría aproximadamente diez o doce años y fue un verano cálido y bastante ajetreado para mí. Allí descubrí la pesca, trabajar la tierra, recoger sus productos y saborearlos. Descubrí la libertad de comer cuando tenía hambre, acostarme cuando tenía sueño y hacer las cosas que me venían en gana. Descubrí cómo se podía vivir casi de la nada, de lo que pescas, siembras y recolectas. Descubrí cómo se podía dormir al aire libre, con el cielo y la luna de manto; cosa que me produjo una agradable sensación.

Actualmente mis hermanos y yo estamos preparando un viaje a la zona a petición e invitación de mi primo *Chrif*, a quien no he visto desde hace algo más de treinta años. Sería interesante ahora que, según comentan, hay una estupenda carretera que conduce hasta allí saliendo desde Nador para alcanzar Alhucemas. Hasta mi padre se ha apuntado a la excursión y seguro estoy que será un agradable viaje.

Volviendo a Ajdir, intento acordarme de quiénes eran mis compañeros de la escuela coránica y de juego, pero no logro hacer memoria. Me acuerdo que de pequeños los chicos fabricábamos coches y camiones con alambres, latas cuadradas y redondas de sardinas y atún que ignoro cómo lográbamos domar, mientras que las chicas hacían muñecas de trapo con los harapos que conseguían de aquí y de allá. Me acuerdo de los baños que nos dábamos en la charca a orillas del Río Grande y de los agricultores que nos echaban de sus campos cuando intentábamos arrancarles los higos y las brevas y otros frutales, camino de ida o de vuelta al río.

Eran los años cincuenta. Éramos jóvenes o mejor dicho, éramos niños y no disponíamos de *Play Station* ni de ordenadores, ni teléfonos móviles ni nada que se les asemeje. Y lo más importante, éramos muy felices con poco que tuviéramos. Más aún, algunos padres apenas podían traer del zoco semanal alimentos que luego se llamaron básicos e imprescindibles en una cocina. Alimentos que hoy

en día ni nos ponemos a pensar. Nuestras alpargatas eran precarias y nuestros juguetes, los que podíamos confeccionar con nuestras manos.

En el pueblo, claro está, no había médico, ni farmacéutico, ni veterinario. Los niños mayores que se querían escolarizar, tenían que ir al colegio a *Amazauro*, a unos cinco kilómetros del pueblo, a pié o a los lomos de las mulas y burros de sus padres o familiares.

El barbero se ocupaba de muchas cosas y de las demás se encargaban los curanderos y curanderas que aplicaban su experiencia y sus mejunjes para curar cualquier dolencia. Me acuerdo cuando, muchos años más tarde y muy lejos de allí, mi primer hijo tuvo un accidente en casa de mis padres. Él tendría un año y ese mismo día nació mi sobrino el más pequeño. Dicen en mi casa que ese accidente le adelantó a mi hermana el parto.

Yo no creía en las meigas, pero desde entonces empecé a pensar que *haberlas ahilas*. Vi que mi madre, que no tiene nada de bruja ni de curandera, sujetaba al niño en sus brazos y arrojaba a un brasero un trozo de jebe o sulfato de alúmina y potasa, mientras murmuraba unos versículos del Corán, o por lo menos eso me pareció a mí. El susodicho trozo de mineral comenzó a contorsionarse y a modelarse, creando formas geométricas insospechables, para convertirse en algo material ante el asombro de los presentes. No es banal lo que estoy contando, lo vi con mis propios ojos hace ya diecinueve años, cuando mi hijo se cayó por unas escaleras abajo, metido en un diabólico tacataca, más rápido que el McLaren de Alonso. Vi asombrado cómo ese trozo de mineral puro y cristalino, arrojado de una pieza al fuego, se transformaba lenta y activamente en la forma del maldito tacataca por arte de magia. Yo, claro está, no tendría por qué asombrarme tanto. En otras circunstancias y momentos había oído hablar de cosas parecidas e incluso de cosas más llamativas que les habían ocurrido a otros. Si yo, *que no creo en las meigas* estaba asombrado, ni qué decir de mi mujer, una madrileña del foro que no pensaba que eso podía suceder y menos ante sus ojos y a alguien tan próximo a ella, que ni creía ni cree en la segunda parte del refrán.

A dos o tres kilómetros de la casa de mis abuelos se estableció mi tío Mohamed Belhaj. Situada en lo alto de un montículo, con unas vistas preciosas al Este, al Oeste y al Norte, construyó mi tío una casa rectangular rodeada de árboles, cerca de un manantial de agua fresca. La parte más al norte estaba ocupada por el salón. Un hermoso salón rectangular con ventanales abiertos en las tres direcciones, dispuestas para captar el aire que soplase desde cualquier parte. Al atardecer se abrían las ventanas dirigidas al Este y al Oeste, y se sacaban alfombras, almohadas y cojines en la zona Oeste para poder sentarse, e incluso tumbarse, a merendar un buen té verde con mucha hierbabuena, con tortas variadas y pan recién hechos, prestos para ser mojados con aceite de oliva o untados con mantequilla y miel.

Mi tío Belhaj era el mayor de los vástagos de mi abuelo, como mi padre era el más pequeño de todos. Dos varones entre los cuales sobrevivieron cuatro hembras: Fátima, Khadija, Amina y Fatma, fallecida a primeros de enero del año pasado. El azar ha querido que Amina, la penúltima de mis tías, fuera la segunda mujer de mi otro abuelo, el materno. Un amigo que dio a una de sus hijas como

esposa a su amigo, el Cherif Chergui, del clan de los Chergui de Taammart, Beni Touzin, a unos quince kilómetros al oeste de Ajdir, allá en la montaña. Mi tío Belhaj era el mayor, y se había quedado con casi todas las cosas buenas e interesantes de la familia, pero mi abuelo, según cuenta, tenía debilidad por mi padre a quien llamaba «mi Ahmed». Realmente nunca he descubierto por qué, ni me ha quedado claro el motivo de esa adoración.

Mi pueblo, en general, ha vuelto a prosperar. Me dicen que se ha electrificado hace un par de años, pero nada me cuentan del agua potable corriendo por los grifos, ni del médico, ni del transporte, etc. Los emigrantes en Europa efectivamente han regresado a las casas de sus antepasados para pasar su jubilación. Las adecuan, lavan la cara y se instalan. Muchos de ellos han vuelto solos, dejando a sus hijos, emigrantes de segunda generación, con Internet y Play Station en Europa, sin ganas de retornar al pueblo de sus ancestros. Y no hay manera de convencerles por más que les insistes. Se han acomodado y realmente poco les ata a ese o a otro lugar semejante.

Mi pueblo ha prosperado, pero las casas del clan de los *Irfan* están derruidas. Desde hace aproximadamente unos veinte años, viven «dos primos». El matrimonio compuesto por Omar, mi primo tercero y su mujer, una sorda prima suya, quinta para lo que a mí respecta y cuyo nombre no he sabido nunca, sin hijos ni descendencia, ni mayor responsabilidad que ellos dos. De su padre no tengo conciencia, pero su madre, la tía Fadma, hija de Sidi Chaaib, una morena, delgadita, llena de arrugas, simpática y de gran corazón, fallecida hace ya bastantes años, era muy solicitada entre los miembros de la familia e incluso fuera de ella, por confeccionar el mejor cuscús del mundo. Elegía la harina idónea para cada variedad, lo colocaba en su gran vasija de barro y le daba vueltas y vueltas, mezclándolo con la proporción adecuada de agua y sal para conseguir, al final de su cocción, esa sémola tan fina y pequeña que correctamente guisada con verduras, carne o pollo, y las adecuadas especias, es un manjar para ricos y pobres.

Omar, para los que lo conocemos desde niño, era el tonto del clan, o mejor dicho, era el tonto del pueblo como siempre hemos pensado los demás. Pero en realidad, con el tiempo, algunos hemos descubierto que fue el más inteligente y listo de todos. Ha sido el que ha hecho lo que le ha apetecido, el que se ha quedado con casi todo un pueblo para él solo, con sus mulas, burros, gallinas, casas, etc. Se ha quedado con todo porque, hasta ahora, nadie de los primos hemos ido a reclamarle nada; y por lo que a mi familia respecta, nadie irá a pedirle nada. Sería irrisorio que después de casi treinta años fuéramos a reivindicar nada. No se trata de terreno cercano a ningún sitio que pudiéramos recuperar para recalificar y sacar provecho. Sólo se trata de algunos recuerdos que guarda uno con mucha ilusión y que, poco a poco, van formando parte del olvido si uno no los recupera y registra de algún modo.

Guardo igualmente dulces recuerdos del zoco de Jamis Tamsaman, allá donde mi padre tenía su almacén al por mayor. Me acuerdo, después de hace más de treinta años, de los bidones de petróleo y de aceite en el exterior de la misma, donde alguien de la gente que trabajaba allí servía y llenaba garrafas y botellas; de los sacos de harina, azúcar y toda clase de legumbres y cereales,

encima de los cuales, de niño, jugábamos y nos tumbábamos a la bartola comiendo cualquier chuchería que alguien nos ofrecía. Me acuerdo, montado a lomos de un mulo, con las alforjas cargadas de víveres, camino a casa, dejando a la izquierda la desviación que conduce a Anual, allá donde Abdelkrim venció en 1921 a las tropas españolas.

Otros gratos recuerdos que comparto, sobre todo, con mis hermanas mayores, son de Budinar, donde fue a parar mi padre como *caid* una vez declarada la independencia de Marruecos. En la casa de mis padres, circulan todavía unas fotos del paso de poderes que un oficial español le hizo a mi padre allá a mediados de 1956. Pero allí en Budinar se quedaron, trabajando hasta varios años después, Sebas el traductor, Juan el conductor-mecánico, don Emilio el médico y el *escribiente* o secretario de cuyo nombre no consigo acordarme; todas ellas personas españolas y civiles. Y aunque yo no hablaba español y el berebere de mi nuevo amigo y compañero Paco, hijo de Juan, dejaba mucho que desear, nos compenetramos y nos hicimos colegas en seguida.

Budinar era un vergel. Como tal era sólo un centro administrativo donde los paisanos podían solicitar un documento de identidad, un acta de nacimiento o documentos similares. Era un espacio verde con construcciones modernas de una planta, amplios jardines repletos de flores y una inmensidad de árboles frutales, que servidor tuvo que sufrir un día por suponer que los había tocado.

El despacho de mi padre, con amplios ventanales a la calle, se encontraba enfrente de la piscina. Desde allí, los visillos le permitían observar todo lo que ocurría enfrente de él sin ser visto. Recuerdo aquella vez que mi hermana Amina, con seis o siete años, se paseó delante de ese ventanal tapándose la cabeza con la falda, pensando que nadie la veía ni reconocería, mientras dejaba su braguita expuesta a la mirada de los paseantes. Bueno, pues junto a la piscina se encontraba un paseo cubierto de donde colgaban grandes y hermosos racimos de uvas, intocables por antonomasia.

Todos los productos que se recolectaban en el recinto, fundamentalmente las frutas y verduras, se repartían entre todo el personal que trabajaba en el Centro, incluido el personal del pequeño destacamento de las Fuerzas Auxiliares, encargados de mantener el orden en la zona.

Sabido por todo el mundo que estaba terminantemente prohibido tocar aquellos árboles frutales, aquella tarde le entró a mi compañero Paco la manía de manosearlo todo. Andábamos jugando por allí cuando empezó a sacudirle a los racimos de uvas con un palo que llevaba en la mano. Por más que le advertía que si nos veían cometiendo ese pecado, íbamos a recibir un gran castigo, pero a él parecía no importarle nada y seguía azotando con ahínco esas hermosas uvas a punto de caramelo. Y justo, pasados unos instantes, vi acercarse a un agente de las Fuerzas Auxiliares que amablemente nos invitó a acompañarle al despacho de mi padre. Servidor empezó a temblar y a regañarle a mi compañero, sabiendo que la *habíamos cagado* como dirían ahora los modernos.

Después de la regañina correspondiente, le ordenaron al agente que nos esposase a los dos y nos condujese al calabozo. Yo intenté defenderme, de todas las maneras posibles, asegurando que no había tocado las sagradas uvas, pero en vano, los oídos estaban sordos y no había manera de hacerle escuchar.

Las esposas, el calabozo..., los dos estábamos acongojados pensando que mañana íbamos a ser el hazmerreír de todo el colegio, de toda la comunidad y de todo el pueblo que, poco a poco, iba creciendo y desarrollándose. A la hora de la cena, y como no queríamos separarnos, hicimos que nos condujeran a mi casa para permanecer unidos y escondidos en mi habitación.

Del calabozo no me acuerdo. Supongo que era uno de los despachos que habría por allí. Pero de lo que sí me acuerdo perfectamente es que estuvimos escondidos debajo de la cama y que a mí me sentó muy mal el castigo, sobre todo porque no había cometido esa imprudencia, no había tocado las malditas y vas y peor aún, había regañado a mi compañero y amigo a causa de ello.

Después de una hora, nos levantaron el castigo, nos quitaron las esposas y Paco pudo regresar a su casa con su madre. Yo, enfadado por haber recibido un castigo injusto, me metí en la cama con cara de perro. En mi casa se contó después que había pasado toda la noche delirando y con fiebre. Al parecer fue tan tremendo mi sentimiento de inocencia, que hasta me produjo una gran reacción. Reacción a la inculpabilidad y a la transgresión de mis sentimientos, en buena medida acordes y respetuosos con la legalidad vigente.

Más tarde nos enteramos de que la mamá de Paco, al enterarse de nuestra *desgracia*, vino asustada a ver a mi mamá creyendo que iba a encontrar con quien compartir su preocupación, pero no fue así. Fátima Chrif Chergui, conociendo a su marido, le restó importancia al hecho y comentó que era sólo por dar ejemplo a los demás niños de la colonia, pero menudo ejemplo.

Este fue un hecho aislado, y aunque como niños sufríamos castigos y represalias, hay que tener en cuenta que de angelitos no teníamos nada. Éramos revoltosos, protestones, exigentes, vivos y enérgicos, fundamentalmente porque éramos jóvenes y cualquier tiempo pasado para nosotros pudo haber sido mejor.